

Vida y lucha de un cura indoblegable

Hace un año moría el Padre Pérez Aguirre. Era el atardecer de un jueves 25 de enero, y falleció atropellado por un ómnibus en el balneario Costa Azul cuando hacía uno de sus largos paseos en bicicleta, un hábito que practicaba diariamente desde hace varios años, por consejo médico.

Ningún conocido fue testigo del accidente y —macabra paradoja—, estuvo 15 horas desaparecido, hasta que un amigo suyo denunció su ausencia en la comisaría y reconoció la bicicleta que allí le mostraron.

Vocacion

Luis Pérez Aguirre nació en Montevideo el 22 de abril de 1941. Era el segundo de ocho hermanos de una familia de sólida fortuna. Hizo la escuela en el Instituto Richard Anderson y el liceo en el Sagrado Corazón, también conocido como "el Seminario". Fue en esta institución jesuita donde el 4 de julio de 1970 se ordenó sacerdote y, también donde tuvo lugar su velatorio.

Le empezaron a llamar "Perico" desde los tiempos del noviciado, para diferenciarlo de otro Pérez. Su vocación sacerdotal nació a principios de los sesenta e hizo el noviciado a lo largo de esa convulsionada década. Eran los tiempos del Concilio Vaticano II y, en Uruguay, los planteos del teólogo jesuita Juan Luis Segundo cuestionaban la Iglesia tradicional.

Pérez Aguirre reconoce la influencia que tuvo en su formación, aunque nunca se llegó a identificar plenamente con la teología de la liberación. Coincidió, sí, con varios de sus aspectos. Entre otros, con el método, porque el lugar desde el cual se mira no es indiferente: la realidad no se siente igual cuando se la mira desde una choza que cuando se la observa desde un palacio. En segundo lugar, compartía la opción por los pobres y, también, la tarea de desentrañar los mecanismos que generan la pobreza. Tercero, reconocía la existencia de un ateísmo práctico, mucho más preocupante, a su juicio, que el teórico: el que niega la acción de la justicia. En él pueden incurrir, advertía, quienes no creen en Dios, y también quienes creen en Él. Estudió teología en la universidad de los jesuitas en Toronto, pero en los años que vivió en Canadá trabajó además como obrero —en una empacadora de gusanos para pesca y en una metalúrgica— e hizo su primer trabajo con niños, en ese caso como acompañante de

chicos con problemas mentales. Pérez Aguirre reconocía además que en su pensamiento no sólo influyeron teólogos de su Iglesia. Fue un estudioso y un admirador de personajes como Mahatma Gandhi y Martin Luther King.

Su trabajo sacerdotal nunca fue hacia dentro de la Iglesia, sino metido hasta los tuétanos en la sociedad. Colaboró primero con Magdala, una organización con sede en la Ciudad Vieja, que ayudaba a las prostitutas a dejar su oficio y encontrar otro trabajo. Muchos años después, y a partir de los vínculos que surgieron entonces, se convertiría en asesor de la Asociación de Meretrices y Prostitutas del Uruguay (AMEPU) desde que se fundó en 1988.

Nace "La Huella"

Fundada por el sacerdote Roberto García y un grupo de estudiantes y profesionales jóvenes, en 1975 nace la **Granja-Hogar La Huella**, ubicada en las afueras de Las Piedras y destinada a albergar niños y adolescentes huérfanos o abandonados por sus padres. Pérez Aguirre se vincula al trabajo de La Huella y en 1978 es invitado a vivir allí, donde su primer cuarto fue un antiguo gallinero por el cual desfilaban, para coordinar actividades clandestinas por la reapertura democrática, los más encumbrados dirigentes blancos, colorados y frenteamplistas. Desde entonces **La Huella** —que él definía como un kibutz, porque allí no existe la propiedad privada— sería su domicilio principal.

El SERPAJ

Su trabajo internacional en varias organizaciones no gubernamentales de defensa de los derechos humanos comienza en 1977 y en 1994 es designado por el secretario general de las Naciones Unidas experto independiente en esa área. En los primeros meses de 1981 se funda en Uruguay el **Servicio de Paz y Justicia**, que durante muchos años fue dirigido por Pérez Aguirre.

El 11 de agosto de 1983, en compañía del sacerdote Jorge Osorio y a partir del día siguiente, también del pastor metodista Adhemar Olivera— Pérez Aguirre

inicia una huelga de hambre, que se prolongaría por algo más de 15 días, para protestar por la interrupción de las conversaciones del Parque Hotel, entre militares y políticos, cuyo objetivo era restaurar la democracia. Esas dos semanas serían propicias para los contactos informales entre dirigentes políticos y sociales y fue, de hecho, el germen de la Intersocial. El 25 de agosto, cuando ya culminaba el ayuno, el SERPAJ convocó a los uruguayos a una jornada de reflexión nacional sobre cómo salir de la dictadura.

Desde "La Plaza"

La Plaza fue, a fines de los setenta, la primera publicación no clandestina de la resistencia contra la dictadura. No se editaba en Montevideo, sino en Las Piedras, y era multidisciplinaria: había secciones de cultura, de historia, de salud, de economía y de todo un poco. La idea era, por supuesto, aprovechar todos los resquicios que dejaba la censura. La revista nació en la plaza de la segunda ciudad del país, a partir de conversaciones que mantuvo Pérez Aguirre con el médico Marcos Carámbula. El cura no ocultaba su inquietud: en otras dictaduras latinoamericanas había manifestaciones más claras de protesta que las que el temor permitía a los uruguayos, ya sea por parte de organizaciones sociales, partidarias o religiosas. Había que empezar a reunirse, romper con la inercia y emprender iniciativas. Encontraron al director ideal: el escribano Felisberto Carámbula, padre de Marcos y Gonzalo, un viejo batlista. En **La Plaza** Pérez Aguirre empezó a escribir sobre derechos humanos y muy pronto formularía el primer llamado público por una amnistía para los presos políticos. De todas las detenciones que sufrió durante la dictadura, que no fueron pocas (y aunque él no lo decía públicamente incluyeron la aplicación de torturas), sólo una vez fue procesado por la justicia militar: en marzo de 1982 le tipificaron el sacrosanto delito de "ataque a la fuerza moral de las Fuerzas Armadas", cuando escribió un artículo titulado "El guerrero y la paz". Recuperada la democracia,



Dibujo de Nelson "La Plaza", 1982

volvería al periodismo en **Brecha**, de cuya constitución participó como asistente a la asamblea fundacional y después como colaborador regular a lo largo de más de quince años.

La persecución

El mismo Pérez Aguirre, tantas veces perseguido por la dictadura y una vez procesado— fue en varias ocasiones cuestionado en democracia.

La crítica que más le afectó fue la censura, en agosto de 1993, de uno de la veintena de libros que publicó, "La Iglesia increíble", por parte de la Comisión de la Doctrina de la Fe, de la Conferencia Episcopal Uruguaya. Uno de sus miembros, Antonio Rubio, obispo de Mercedes, llegó a afirmar que es de esos libros "que pueden hacer daño a la tarea pastoral de los obispos" y que la Iglesia, que es santa, "no merece esos ataques en un libro que describe cosas que no ocurren y es difamante y calumnioso". Si bien reconoció que del libro sólo conoce algunos párrafos que le fueron leídos y le parecieron "aberrantes", Rubio opinó que "si el sacerdote no está cómodo, que se vaya" (*Brecha*, 13-8-93, página 32). Pérez Aguirre solicitó, en vano, entrevistarse con el arzobispo de Montevideo, pero el pedido no llegó siquiera a ser tramitado por sus superiores jesuitas. El 1 de octubre un comunicado de prensa de la Conferencia Episcopal condenó los procedimientos del autor del libro y le atribuyó supuestas intenciones, pero sin entrar en el análisis de los contenidos de la obra.

Pocos días después, Pérez Aguirre inició un nuevo ayuno y se recluyó para orar: aspiraba con esa medida a que finalmente sus superiores lo recibieran para discutir el contenido de su libro. No lo logró y en cambio recibió la orden, esta vez de la Curia de los jesuitas en Roma, de suspender de inmediato su ayuno y su retiro. Un par de años después, otro libro —"La condición femenina"— le generaría nuevos cuestionamientos de las autoridades eclesásticas.

Comisión para la Paz

El 1 de marzo de 2000, al asumir la Presidencia Jorge Batlle, por primera vez en más de 15 años, un gobierno democrático admitió que los uruguayos tenían derecho a saber qué ocurrió con los desaparecidos durante la dictadura y a mediados de ese año se formó la denominada **Comisión para la Paz**. Integrada con seis miembros, todos referentes de otras tantas organizaciones de gobierno, políticas y sociales: Presidencia de la República, Frente Amplio, Partido Nacional, la Iglesia Católica, PIT-CNT, y el grupo de Madres y Familiares de Detenidos Desaparecidos, con el que había colaborado Pérez Aguirre desde su fundación.

Nadie tenía más credenciales que él para integrar una comisión de esas características, y tampoco nadie tuvo más resistencias que él para aceptar el ofrecimiento. No fue, precisamente, porque no creyera que la mera constitución del órgano no fuera un reconocimiento oficial de la existencia del problema, ni porque no confiara en que algo, por lo menos, se avanzaría en la sistematización e investigación de las desapariciones, ni porque no apostara a que por primera vez el Estado terminaría por asumir la responsabilidad de esos crímenes de lesa humanidad.

Su trabajo por los derechos humanos no sólo fue reconocido en Uruguay; en el exterior recibió, entre otras condecoraciones la de oficial de la Legión de Honor en Francia. Pero Luis Pérez Aguirre no llegó a saber de lo que seguramente él hubiera considerado el mayor homenaje de su vida: la cartelera de espumaplast que colocaron en el Seminario los chiquilines de **La Huella** durante su velatorio, reproduciendo el cartel colocado a la entrada de esa institución, que resume en pocas palabras su trayectoria: "¿De qué sirve la vida, si no es pa' darla?".

Guillermo Waksman

(Reproducido de "Brecha", 2/2/01). Los subtítulos son nuestros.